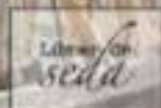


DANIELA SACERDOTI

LLÉVAME A CASA

¿Pueden los fantasmas del pasado
ayudarte a encontrar un futuro mejor?



LLÉVAME A CASA
DANIELA SACERDOTI

Título original: *Take Me Home*

Published by arrangement with VicLit Agency

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-16550-10-4

Conversión a libro digital: Books and Chips

La vida de Inary Monteith está en una encrucijada. Tras pasar una noche con Álex, le rompe el corazón diciéndole que todo ha sido un error. Luego tiene que salir a toda prisa para las Tierras Altas, pues la salud de su hermana pequeña ha llegado a un punto crítico. Y las cosas irán a peor pues, ya en casa, aparte de la enfermedad de su hermana, tendrá que enfrentarse a un hermano hostil y a un ex al que no le apetece nada ver. Y atrás, en Londres, se ha quedado Álex, que sigue despertando en ella sentimientos insospechados.

Por si los problemas no fueran pocos, Inary pierde la voz a consecuencia de un trauma, aunque recupera un don familiar, un sexto sentido que tenía cuando era una niña y que siempre ha estado en su familia y que le permite oír una voz del pasado que le dice una y otra vez: «Llévame a casa».

AGRADECIMIENTOS

Gracias, desde lo más hondo de mi corazón, a Ross, que lleva eso de tener a una escritora por esposa con un talante encomiable. Y a mis hijos, Sorley y Luca, que son, sencillamente, mi vida entera. Perdón por las innumerables veces en las que mi cuerpo estaba con vosotros pero mi mente viajaba a Glen Avich.

Gracias a mis dos familias, los Sacerdoti y los Walker, por animarme en todo momento; sobre todo a mi suegra, Beth. Gracias, Beth, por un millón de razones. ¡Tú ya sabes cuáles!

Gracias a Irene, mi hermana en todos los sentidos menos en el de la sangre. *Ti voglio bene, amica mia!*

Mi infinita gratitud a Sorley McLean, porque sus poemas fueron el germen de esta novela. La historia de Mary y Robert está inspirada en el poema *The Choice*, mientras que el mismísimo Glen Avich cobró vida tras leer el conmovedor y hermoso *Hallaig*. En este libro, he citado a Sorley en tres ocasiones: «He visto a los muertos con vida» y «Cada generación perdida» en el epílogo de Inary, son un homenaje a *Hallaig*, mientras que el último verso de la *Canción de Emily* está inspirado en otro poema de Sorley, *Dont Forget My Love*. Llevo muy dentro de mí la poesía de Sorley y nunca dejará de inspirar mis historias.

Mi más sincero agradecimiento a Kristen Susienka, la editora principal de esta novela, por haberla hecho brillar. Conoces todos los entresijos de esta historia y la consideras casi tan tuya como yo —por eso te estaré siempre agradecida—. Y por el horario de locos que hemos llevado y las

interminables llamadas telefónicas y correos electrónicos que nos hemos mandado a diario, ¡gracias! Muchas gracias también a Janne Moller y Lindsey Fraser por ayudarme a dar forma a esta historia, y a todo el equipo de Black & White por creer en mí.

Muchísimas gracias a mi agente, Charlotte Robertson. Acabamos de empezar este camino juntas, ¡así que brindemos por un futuro feliz lleno de éxitos!

Un millón de gracias a mis compañeros de letras. Saciáis mi mente, me animáis, me hacéis reír y estáis ahí cuando brilla el sol y cuando llueve. Roy Gill, Phil Miller y Gillian Philip, mis éxitos también son los vuestros. Y gracias a la comunidad de Twitter por proporcionar a los escritores un lugar donde charlar y ponerse al día en todas aquellas jornadas en las que una solo ha podido hablar con el cartero o consigo misma. Me gustaría hacer una mención especial a Alice Peterson, una constante fuente de inspiración tanto en mi vida como en mis libros, y cuya encantadora novela *Monday to Friday Man* hizo que me entraran unas ganas locas de escribir una escena de patinaje nocturno bajo luces resplandecientes. ¡Eres única, Alice!

Aquellos que me conocen, en persona o de forma virtual, saben que estoy un poquito obsesionada con la música. Aquí tenéis a algunos de los artistas que dieron vida a la banda sonora de la historia de Inary: Máire Brennan, Julie Fowlis, Norrie McIver, Manran y la orquesta The Treacherous. Gracias, chicos.

Gracias, gracias y gracias a los miles de lectores que leyeron y reseñaron mi primera novela sobre Glen Avich, *Cuida de mí*. Me hace muy feliz saber que Eilidh ha llegado a tantos corazones. No estaría aquí si no hubierais confiado

en mí, así que gracias por escuchar mis historias y por hacerlas vuestras.

Y por último, gracias, Escocia, por haberme adoptado. No hay ningún otro lugar en el mundo en el me encuentre mejor que aquí.

Daniela

*Para mi madre, Ivana Fornera Sacerdoti,
que de niña también «veía». Para Claudio Corduas. La san-
gre es fuerte,
pero la amistad lo es todavía más.*

LA CANCIÓN DE EMILY

El invierno queda atrás y la nueva vida llegará, los pájaros que desde mi ventana contemplo hacen que desee volar.

La primavera es para los vivos, me aferraré a este latido, aunque mi interior se desvanece como el sol cuando anochece.

Mientras mi corazón siga latiendo, formaré parte de esto. Mi cielo y mis colinas, mientras mi corazón siga con vida.

Soy como una campanilla de invierno. Temblorosa, pero que todavía existe ,alzo mi cabeza al cielo, al bello paisaje que tanto anhelo.

Sostén mi mano, no llores, no tendré miedo. Y cuando me marche, no olvides que te quiero.

Mientras mi corazón siga latiendo, formaré parte de esto. Mi cielo y mis colinas, mientras mi corazón siga con vida.

Prólogo

ENTRE DOS MUNDOS

Morag Kennedy me saludó con la mano desde el otro lado en un claro y soleado día de Glen Avich. Estaba de pie, frente a su casa recién blanqueada; detrás, el sol del verano que brillaba radiante proyectaba sobre ella una especie de halo dorado y hacía que los campos también resplandecieran. Le devolví el saludo y empecé a andar hacia ella con la esperanza de que me diera una de esas deliciosas golosinas que siempre me ofrecía, pero vacilé un instante. Sabía que estaba enferma y no quería molestarla. De pronto me sentí un poco rara; un hormigueo comenzó a recorrerme los brazos y las piernas y oí una especie de zumbido bajo. Era una sensación extraña; algo que jamás había experimentado.

Justo en ese momento, un banco de nubes cubrió el sol y, por primera vez, pude ver a la señora Kennedy sin tanto brillo. Llevaba el vestido de algodón de flores que solía ponerse cada vez que se ocupaba del jardín, el pelo recogido en un pulcro moño y un cárdigan de punto sujeto con un sencillo broche. Me quedé observándola; su rostro parecía diferente. Llevaba enferma mucho tiempo y cada día que pasaba se la veía más demacrada y delgada. A pesar de mi corta edad —debía de tener alrededor de ocho años—, pude percibir que, a medida que la enfermedad se extendía por su cuerpo, el dolor y el miedo que se habían apoderado de su mente se reflejaban en su cara y en su mirada. Pero esa tarde de verano volvía a parecer ella misma. Su sonrisa era serena y sus ojos azul claro brillaban como lo habían hecho antes de caer convaleciente.

De pronto oí pasos detrás de mí. Me di la vuelta y vi a mi hermano saliendo de casa y acercándose por la carretera. Supuse que le habían mandado para que me avisara de que la cena estaba lista; me pregunté por qué no lo había hecho mi madre desde la ventana de la cocina, como solía hacer. Tal vez quería asegurarse de que entraba de inmediato, ya que lo normal era correr hacia el campo y arañar cualquier tiempo extra de diversión.

—Mamá quiere que vayas dentro, Inary —dijo Logan en voz baja. Era un chico muy serio, pero en ese instante tenía un aspecto casi solemne. Me volví para despedirme de la señora Kennedy, aunque ya se había ido.

—¿Está lista la cena? —pregunté a mi hermano.

—Creo que no.

—Entonces, ¿por qué tengo que ir a casa?

—¡Cállate ya, Inary, y entra en casa de una vez! —Mi madre apareció en el umbral de la puerta. Se quitó el delantal y se arregló el pelo. Cuando llegué a su altura, prosiguió—: Quiero que cuidéis de Emily mientras la abuela y yo vamos a la casa de enfrente. No tardaremos mucho, solo quiero presentar mis condolencias a Karen e Isabel.

No tenía ni idea de qué hablaba. «Condolencias» era una palabra demasiado complicada para una niña de ocho años.

—¿Dónde vas?

Se detuvo y me miró con dulzura.

—La señora Kennedy se ha ido al cielo, cariño. Ahora voy a decir a sus hijas cuánto lo siento.

—No se ha ido al cielo. Está aquí. La he visto.

Aunque han pasado muchos años de aquello, todavía recuerdo la forma en que me miró mi madre cuando pronuncié aquellas palabras. Con sorpresa, pero al mismo tiempo con una intensa aceptación.

—¿Dónde la has visto, Inary? ¿Has estado en su casa?

—No. Estaba fuera, en el jardín. Me saludó con la mano.

Mi madre se arrodilló frente a mí y me abrazó con fuerza. Después me acarició el rostro y pude percibir el aroma de las frambuesas recién recogidas de nuestro jardín.

—Eres como tu abuela Margaret, ¿verdad? En todos los sentidos —susurró.

Sonreí. Adoraba a mi abuela; que me dijeran que me parecía a ella era el mejor cumplido que podían hacerme.

—Vamos, Anne —oí decir a mi abuela desde el umbral de la puerta—. ¿Qué pasa? —añadió al ver la cara de mi madre.

—*An da Shealladh* —musitó mi madre. Cuando no querían que entendiera lo que decían solían hablar en gaélico—. Ha visto a la señora Kennedy, mamá.

Mi abuela abrió los ojos, me tomó de la mano y me atrajo hacia sí con suavidad.

—Oh, Inary...

De repente me sentí confusa. No sabía si había hecho algo bien o mal, ni por qué mi madre y mi abuela esta-

ban tan emocionadas. Solo había visto a la señora Kennedy antes de morir. Nada más. Por otro lado, tampoco entendía con exactitud qué era la muerte.

Antes de que pudiera evitarlo, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué he hecho?

—No, Inary, no te preocupes, mi niña —dijo mi abuela—. Pero eres tan pequeña... Yo era mucho mayor cuando empezó. Por ahora lo único que necesitas saber es que tienes un don, que te ha sido concedido un regalo valiosísimo. —Acunó mi cara entre sus manos y me dio un beso en la frente. Me di cuenta de que sus ojos también brillaban—. Ahora ve a cuidar de tu hermana, cariño. No tardaremos mucho.

Dicho esto, cruzaron la calle para visitar a las hijas de la señora Kennedy mientras Logan y yo nos quedábamos a cargo de Emily. Fui a su habitación para sentarme con ella. Por aquel entonces solo tenía cinco años, aunque ya había pasado por dos operaciones del corazón. En ese momento estaba durmiendo la siesta; incluso descansando tenía los labios ligeramente azules.

En general, tenía que hacer un gran esfuerzo para permanecer sentada durante mucho tiempo, pero después de lo que había pasado me sentía un poco rara y un tanto inquieta, como si hubieran drenado toda la energía de mi cuerpo.

Tardé bastante tiempo en entender que, en realidad, había visto a la señora Kennedy después de fallecer; que mientras que su cuerpo yacía inerte en la casa, su alma había volado libre. Y también tardé bastante tiempo en dar-

me cuenta de que su gesto con la mano no había sido un saludo, sino una despedida.

Capítulo 1

LA NOCHE EN QUE SUCUM- BÍ

Inary

«Cassandra continuó corriendo tan rápido que tuvo la sensación de que sus pulmones estallarían en cualquier momento. Presentía que la transformación estaba cerca. Tenía calambres en los músculos y los huesos le dolían por el intenso estiramiento, hasta casi la fractura, que estaban a punto de experimentar. Si no encontraba pronto un lugar para ocultarse, su secreto saldría a la luz. ¿Qué harían con alguien como ella? ¿Someterla a toda clase de experimentos? ¿Encerrarla en un zoo?»

—¿Encerrarla en un zoo? —Leí en voz alta horrorizada. Me quité las gafas y, por enésima vez en esa tarde, me llevé las manos a la cara. Era fin de semana y se suponía que avanzaba con mi novela. Sin embargo, mi cabeza no me lo estaba poniendo fácil. Llevaba trabajando en la historia de *Cassandra* durante meses, pero parecía que no llegaba a ningún sitio con ella. Miles de palabras y horas y horas de trabajo desperdiciado. Al paso que iba, *Cassandra* nunca vería la luz del día. Se uniría sin más a la pila de «manuscritos que nunca fueron enviados» y yo me pasaría el resto de la vida revisando novelas escritas por otras personas y soñando con el libro que nunca escribiría. Trabajaba como editora en una pequeña editorial de Londres y me encanta-